



CAPITULO XV

El héroe de las victorias

EL 20 de Diciembre llegamos á Arroyo Zarco y supimos que desde tres días antes estaba allí el Cuartel General. Mi primer deseo fué ocurrir á saludar á González Ortega, á quien quizás he dicho ya que conocí en sus tiempos de estudiante, pues apenas había entre nosotros unos cuantos años de diferencia. La recepción que me hizo el famoso *Curro* fué tan cordial y cariñosa como si el día anterior hubiera dejado de embozarse en el menguado barragancillo con que le había conocido y que él terciaba con aire de caballero de las cortes de los Felipes; pero habían pasado tantas cosas que ganas me daban de negar la identidad entre aquel general que simbolizaba las esperanzas de nuestro partido y el muchachuelo tracista y maleante que había conocido en las aulas.

¡Y vaya si era maleante y tracista el gran soldado! Una vez...

Pero procedamos por orden, que quizás exprimiendo la memoria logre decir de González Ortega algo que no ande en los manualitos de historia ni en las biografías oficiales.

Jesús González Ortega había nacido en una hacienda llamada San Mateo Valparaíso, propiedad de los condes de ese título y después de los marqueses del Jaral de Berrio. Resultó el chico avispadillo y modosito, y su padre, don Laureano, se propuso darle educación científica. Ya se sabe; en aquel tiempo no se comprendía que un niño fuera á propósito para las letras sin que se pensara luego en hacerle cura ó por lo menos abogado.

Desgraciada ó felizmente, el padre de nuestro chico acabó con sus cortos recursos ó perdió su colocación de mayordomo de hacienda y fué necesario enviar por Jesús, que tuvo que seguir la triste carrera de estudiante destripado: hoy dependiente de comercio, al otro día empleado en finca de campo y al siguiente curial del juzgado de paz ó secretario del ayuntamiento.

De todos estos destinos el que tocó á González Ortega fué el de curial, y asesorando al alcalde, que de seguro lo era algún tendero de posibles, sorprendió á nuestro hombre la revolución de Ayutla. Todavía recuerdo que cuando volví á Guadalajara, allá por el cincuenta y ocho,

mis amigos me mostraron un periodiquín que se llamaba *El Diablo*. Estaba redactado por Ortega, y contenía razones de tal peso en pro de la causa liberal, que se conocía no era ciertamente un escritorzuelo de tantos quien apenas en los comienzos podía usar aquel estilo nervioso y satírico.

Triunfó la revolución y Ortega cambió el puesto de secretario del juzgado de paz de Santa María del Teul por el de secretario de la Jefatura Política de Tlaltenango, que servía un buen patriota y viejo soldado que se llamaba don Ignacio Méndez Mora.

Como es usanza, Méndez Mora recibió consigna para las elecciones de diputádos al Congreso local; mas como no se le alcanzaba nada de negocios de *huizache*, comisionó al rábula que le llevaba la pluma para que hiciera la voluntad del gobernador don Victoriano Zamora. Pero el rábula, como se dice con frase vulgar y gráfica, *se comió el mandado*, y en vez del politicastro provinciano que estaba previsto administrativamente, resultó diputado el propio don Jesús González Ortega.

En Zacatecas, don Jesús no se aplicó sino á dos cosas, las únicas que amó en su vida, la poesía y las mujeres; pues á la gloria y á la libertad que también le atrajeron con su señuelo irresistible, se aficionó no más porque eran dos mujeres.

Llenos ¡ay! están los periódicos del tiempo de ensa-

yos poéticos anónimos, firmados con iniciales ó con seudónimos, producto de la fecunda vena del futuro General; pero son muchos más los que quedaron inéditos para bien de las letras. No bien encontraba el poeta una coyuntura disponible, y á pesar de ser ministro, jefe victorioso ó lo que Dios quisiera, ya estaba enhebrando cuartetas y más cuartetas como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Pero sí había hecho y hacía algo más, y era amar á todas las mujeres que se encontraba al paso, lo mismo á las guapas, que á las feas, que á las de medianos bigotes; y así como las amaba, era amado por ellas al grado que su nombre era como grito de guerra que congregaba á todas cuantas gustaban del afecto fino y resuelto.

Estaba una vez á la puerta de una terciena, donde se juntaba al chisme y á la chacota la gente baldía de la ciudad, un grupo de liberales resellados, de esos que alternativamente cambiaban de opinión, y que si entraba la mochitanga eran conservadores en razón de que no convenía apresurar las cosas ni marchar contra lo establecido, y que, si subían los puros, se convertían en progresistas, porque había que ir de conformidad con el siglo: pancistas, en términos claros y exactos.

Acertó á pasar una buena moza que el señor diputado González Ortega cortejaba con fruto, y se ocurrió á uno de aquellos desocupados coger un manojo de puros y



Puros puros, á mi seno; puros mochos, á mis pies

arrojarlo á los pies de la hermosa. La chica vaciló un corto espacio, y luego, cogiendo el haz de tabacos, lo dividió en dos partes: una se la echó al seno con ademán gallardo y decidido, otra la tiró al suelo después de partir en dos cada tagarnina, diciendo con ademán de reto á los guasones y mirándoles frente á frente:

— Puros puros, á mi seno; puros mochos, á mis pies...

Y se alejó dando la gran *rabiada* con la enagua de castor llena de lentejuelas...

No faltará un sutil y almidonado que al llegar aquí tuerza el gesto y me diga con ademán de quien todo lo sabe: «Pero, señor narrador, ¿qué nos habla usted ahí de enamoramientos si los tiempos no eran á propósito para tonterías? Los principios, la discusión de los grandes problemas, la suerte de la patria preocupaban á todos los espíritus, y nadie se curaba de saber si agrada- ría á un par de ojuelos que columbrara, ni de si dejarían de gustarle los piecitos calzados con media de la patente y zapato bajo que viera debajo de una falda de tarlatana.»

Y yo contestaré al sabihondo: «Señor crítico, entre las cosas que usted sabe, no sabe lo que se pesca. Entienda su necedad, que en este tiempo en que le parece que todos nos dedicábamos á discurrir como lárragos en una perpetua sabatina, ó á cascarnos las liendres como locos, se amó más que en época ninguna. Nosotros, que

nunca nos acostábamos á dormir en cama, que remudábamos ropa cuando buenamente podíamos, que ignorábamos lo que eran el regalo y la ociosidad, teníamos fortunones amorosos que ya los quisieran para sí los barbilindos que guían automóviles y se adoban las manos con pasta de almendras. Aquella *chinaca brava* que olía á macho cabrío, á selva virgen, á camino polvoroso y á fiera en celo, dividió su vida entre Marte y Venus, y ciertamente que no tocó la parte menor á Afrodita. Si esta relación no hubiera de ser leída por gentes que no deben saber siquiera que existe la inmoralidad, contaría cosas no inútiles para la verdadera historia y que servirían para comprobar cuanto aquí apunto.

Y es que la naturaleza, siempre sabia, ya que no podía impedir que nos zurráramos de firme, por lo menos conseguía que nos reprodujéramos con más vigor que nunca.

Esta digresión ó lo que se llame, no es ociosa, pues el tipo de estos chinacates amorosos y valientes lo fué González Ortega, de quien decían sus amigos que era el terror de los hombres y el encanto de las mujeres.

Se hallaba, pues, el simpático diputado en medio de sus goces, cuando la cosa pública empezó á presentar un cariz que causaba miedo. El joven Macabeo había iniciado ya la carrera de sus triunfos, y la derrota que en Ahualulco había infligido al testarudo Vidaurri parecía el

acabóse para los liberales zacatecanos. Don Victoriano Zamora tomó soleta, un licenciado Castro, un licenciado Parra y otros muchos licenciados de diferentes nombres, se sucedieron en el Gobierno; pero su paso fué *velut umbra*, pues el que más estuvo tres días en el poder, y el que menos, veinticuatro horas. A éste le llamaron *flor de un día*.

Una mañana despertaba S. S. el representante Ortega después de una francachela. Se había tirado de la oreja á Jorge con alburitos de apuesta, se había bebido de lo caro (aunque don Jesús, á fuer de buen enamorado, no lo cataba ni por descuido), y las alegres comadres habían hecho el gasto cantando y diciendo chirigotas de gracia dudosa. Cualquiera puede figurarse el aplanamiento del perdulario después de aquella orgía: veía el sol amarillento, la atmósfera le pesaba, sentía la boca como si estuviera mascando paño y experimentaba en el alma una sensación de vacío y de hartura, de fastidio y de deseo, que pensó nada convenía más que tenderse á la bartola y dormir hasta que la *cruda* (que sin perdón así se llama) hubiera pasado del pobre cuerpo enfermo.

Se preparaba á meterse en el lecho, cuando un amigo pidió permiso para entrar. Le refirió que los notables iban á nombrar ayuntamiento que recibiera á Márquez, entendiéndose con él para que no sufrieran personas ni intereses. Ortega oyó aquello con cólera, sacudió por un

esfuerzo de voluntad el destroncamiento de la orgía, salió acompañado de su amigo y llegó al lugar en que se ade-



rezaba el potaje político en el instante preciso que se tomaban resoluciones.

— ¿Quién trata de entrar en arreglos con los mochos sin contar conmigo, que soy gobernador por ministerio de la ley?

Contestó uno de esos licenciados antojados y pasteleros que nunca faltan en parte alguna, diciendo que,

como no se sabía que el señor Ortega tuviera intención de asumir el mando, habían creído conveniente hacer paces con los mochos.

— Pues sí tengo intenciones y desde ahora las pongo en práctica.

Y saliendo de Zacatecas empezó su carrera de administrador y de soldado, reuniendo hombres y dineros, decretando medidas extremas contra la reacción y luchando sin cesar por su credo. Y entonces se vió algo raro y que parecía como cuento: el pobre tinterillo, el hijo de un administrador de hacienda, el poetastro abundoso y lleno de verba, se convirtió en un genio de la guerra. Ignoraba lo que eran el flanco derecho y el flanco izquierdo, y había obtenido contra el talento y la ciencia de Miramón, la brillante victoria de Silao, en que con intuición maravillosa adivinó cómo había que vencer al gran soldado conservador.

Su lectura se reducía al Nebrija, el Dmowski, al Lugdunense, á una media docena de novelones y á otra media de tomos de versos románticos, y cuando hablaba, las multitudes se sentían transportadas y llenas de entusiasmo é iban tras su huella como si hubiera sido la de un taumaturgo.

Y es que todo lo tenía Ortega: el ardimiento de los héroes, la clarividencia de los genios, la atracción de los conductores de hombres, la hidalguía de los paladines

y la tenacidad de los férreos zacatecos que detuvieron el paso de los conquistadores por tantos años. ¡Era un nuevo y potente Tenamaxtli, que, mejor aconsejado que el otro, se levantaba contra la opresión y el privilegio!

El señor González Ortega era, en los postreros días del año de 1860, un mocetón de treinta y tres ó treinta y cuatro años, alto, recio de miembros y sin un átomo de obesidad. Tenía blanca la tez aunque pálida y sin asomos de chapas de color; los ojos negros, pequeños y hundidos; la nariz fina, aunque algo arriscada; la boca carnosa y de labios delgados; el bigote corto y atusado con pomada húngara; el cabello lacio de suyo, rizado artificialmente; las extremidades finas, pequeñas y blancas.

Recibió la carta del señor Degollado y me dijo con serenidad:

— ¡Pobre don Santos! ¡Vea usted cómo tiene razón mi compadre el cura Herrera cuando dice, citando á no sé quién, que no sólo debemos ser sencillos como las palomas, sino también prudentes como las serpientes! El pobre señor ha sido la víctima de los hábiles, que han querido sacar la castaña con la mano privilegiada de nuestro antiguo jefe.

— Mi general, repuse; fíjese usted en que el señor Degollado está arrepentido de su falta y que la ha expiado ampliamente.

— Arrepentido... ó casi arrepentido, pues, llevado

por malos consejeros, ha ido á Toluca á fin de ponerse de acuerdo con Miramón para tratar del malhadado plan que no aceptan los conservadores ni los liberales... Pero



caro lo ha pagado: á la hora de esta, se encuentra prisionero.

— ¡Prisionero! exclamé espantado.

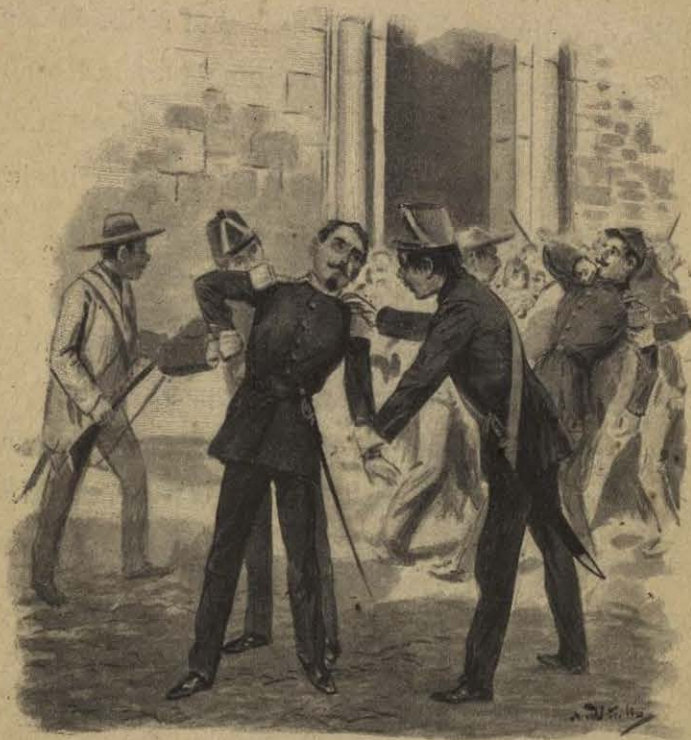
— Prisionero, sí, pero merecido se lo tiene... Recuerdo que hace tiempo leí en la historia de nuestra tierra la caída del adelantado Pedro de Alvarado en el rancho aquel de las Huertas que usted conoce, y desde entonces se me grabó en el entendimiento una frase que allí encontré... Como usted sabe, precipitó en el despeñadero al

pobre Tonatiuh un escribano medroso llamado Baltasar Montoya; y cuando ocurrieron los soldados á auxiliar á su jefe, éste no supo decirles más que: «Eso merece quien se junta con gente como Montoya»; y eso digo yo. «Tal merece quien se reune con gente como Berriozábal»... Según me refieren en la carta, el gobernador de Toluca, en vez de tener consigo tropas ligeras que le ayudaran á salvarse en caso extremo, había acumulado artillería de campaña, carros estorbosos y trenes pesados que le servían para retardar cualquier movimiento... Parece que un joven de México, llamado Agustín del Río, sabedor de que Miramón salía de la capital, se puso violentamente en camino para avisar el suceso á don Felipe; pero éste, lejos de creerlo, pasó el día aún más descuidado que los otros. Miramón disfrazó con blusas rojas á unos cuantos soldados suyos, éstos cogieron á las avanzadas que podían haber dado aviso de la aproximación del enemigo, y cuando menos se pensó, á las once de la mañana y con un sol de justicia que era capaz de derretir el acero, cayó Miramón sobre Toluca, cogió la artillería de Berriozábal y lo batió con ella cogiendo prisioneros además del bueno de don Felipe, al señor Degollado, á Benito Farías, á Govantes y á otros varios... que salían de misa con la tropa.

— ¡Qué desgracia, señor!

— Desgracia, no, ciertamente; pues si Miramón no

nos hubiera hecho este servicio, quizás hubiéramos tenido nosotros que marchar sobre Toluca antes de ir sobre México, pues era menester extinguir este foco de rebelión



en el seno mismo del partido... Mi corresponsal me asegura que Miramón se tira de los bigotes y las barbas al ver que nos dió por nuestro juego, pues cogió papeles que le demuestran lo que pasa... Por lo que á usted toca, preséntese con Leandro Valle y dígame que le coloque entre los mil tapatíos que manda...

Leandro me trató con el cariño de siempre, y me dis-

puso quedara sin colocación inmediata para dármela á la hora que fuera menester.

— De hoy á mañana, me dijo, tendremos la refriega; Miramón acaba de salir de México y viene á buscarnos: el bendito descalabro de Toluca nos evita sitiar la capital con elementos escasísimos, y á la ciudad sufrir los horrores de un asedio... Cree Miguel que todo es presentarse y obtener triunfos; mejor; su buena estrella no puede durarle siempre y es lógico que le batamos otra vez.

— ¿Y cuál es el plan?

— El plan es marchar hasta dar con el enemigo, y una vez encontrado, pegarle ó que nos pegue...

A la mañana del día siguiente salimos á acampar cerca del pueblecillo de San Miguel Calpulalpam, á la vera del camino real, que era la presa que se disputaban los dos ejércitos.



CAPITULO XVI

Calpulalpam

No logré pegar los ojos en toda la noche. Me impidieron conciliar el sueño los gritos destemplados de los centinelas que custodiaban el campo, el aullar de los perros, y el frío intenso que llegaba acompañado de un airecillo que penetraba hasta los tuétanos. A eso de las cuatro de la madrugada, envuelto en mi desairada pañosa, dejé los ociosos terrones en que había pasado la noche, y me dí á vagar por el campo.

Obscuridad completa; al frente formaban una amplia cortina los árboles negrísimos, que como orla de aquella inmensa estribación de la serranía dejaban sus últimos toques en la llanura, donde agonizaba el paisaje. Luego, como exploradores del bosque, ejército de fantasmas que se parecía á lo lejos, una serie de chaparros, huizaches,